

INTERVENCIÓN DE LA ALCALDESA CON MOTIVO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA PLACA CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO DE LA EDICIÓN DE “PLATERO Y YO”

Viernes 12 de diciembre de 2014

Sean bienvenidos a la sede de la Fundación Mapfre, a quien agradezco su gentileza y generosidad al cedernos sus instalaciones para este homenaje que desde el Ayuntamiento de Madrid brindamos al libro “Platero y yo”, en el centenario de su nacimiento editorial, y a su autor, nuestro premio Nobel Juan Ramón Jiménez.

Quiero también mostrar mi reconocimiento a Carmen Hernández Pinzón, encargada de mantener viva la herencia de Juan Ramón y de ampliar aún más su gran legado artístico.

El 12 de diciembre de 1914, hoy hace cien años, en este Paseo de Recoletos, 25, en el que acabamos de descubrir la placa de recuerdo al escritor y a su obra, estaba la editorial madrileña “La Lectura”, donde vieron la luz las primeras páginas, casi inocentes, soñadoras, de un libro que se ha hecho universal, “Platero y yo”.

Un libro escrito para todos, para esa “inmensa minoría”, que decía el poeta, y que son hoy mayoría, y que fue la historia de un burrito manso y apacible, vivaz y simpático, cuyo nombre Platero reflejaba la candidez de su alma y la suavidad de su cuerpo.

Hoy Platero es nuestro compañero imaginario, uno de los personajes literarios más universales de nuestra literatura y un símbolo de la amistad, del diálogo y convivencia entre seres humanos y entre hombres y animales.

Este libro de Juan Ramón Jiménez pretendió, al menos así lo vieron los editores, ser un relato infantil escrito por un poeta. Sin embargo, dado el éxito, inusitado para la época en un libro de prosa poética, se completaría con nuevos capítulos, llegando a alcanzar los 138.

Hoy, el volumen que conocemos con ese título, es leído tanto por los jóvenes como por los menos jóvenes. Es el libro que todos decimos haber leído de pequeños –no sé si siempre es verdad–, pero que sí deberíamos leer todos, a cualquier edad, y releer en cualquier momento. Las aventuras de ese burrito “pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón” han conquistado a millones de personas. Ello lo ha convertido en uno de los libros, junto al Quijote, más vendidos y leídos, que no siempre es lo mismo, del pasado siglo.

Decía Juan Ramón que nunca escribía nada para niños, porque los libros que lee un niño los puede leer también un hombre. Son estas las palabras de un poeta, pero también de un pensador, pues no cambia el mundo, sino la mirada con la que lo vemos e interpretamos. El mundo, y el libro es un espejo de ese mundo, nos pertenece a todos y, más que a nadie, a un niño, que debe conocerlo para saber vivir.

En “Platero y yo”, el poeta de Moguer supo, con palabras sencillas, expresar el sentimiento de amor y afecto de un ser humano por un animal, explicar las opiniones de los otros, no siempre favorables, acerca del animal y del hombre, bien atildado, que montaba a sus lomos, los paisajes de su tierra andaluza, las gentes del pueblo, las anécdotas comunes de la vida, de la experiencia, de la verdad sencilla de las cosas y de los seres.

Juan Ramón Jiménez, el poeta nacido en Moguer, tuvo una relación muy estrecha con Madrid, con los distintos aspectos que esta ciudad adquirió desde finales desde 1900 hasta 1936.

El primer Madrid que recibió al poeta era un lugar que aglutinaba a escritores de talla universal. Por sus calles se paseaban Valle Inclán y Baroja, Azorín y Villaespesa, Ortega y Unamuno, cuando se escapaba de Salamanca para acudir a las tertulias de la Villa y Corte, los hermanos Machado y un largo etcétera.

Este primer Madrid de Juan Ramón era el de los modernistas. Luego vendría el Madrid de la *Residencia de Estudiantes*, a la que llamaría la “Colina de los Chopos”, pues el poeta era un gran amante de la naturaleza que recorría el parque del Retiro, como otros espacios verdes de la ciudad. Y en la Residencia nace el Juan Ramón pensador, el maestro de una generación de excelentes poetas, que formarían la Generación del 27.

También en Madrid conocería a Zenobia, su mujer, su compañera vital y literaria, que le ayudó a condensar sus sentimientos en su obra poética. Zenobia vivía con sus padres en el Paseo de la Castellana, pero frecuentaba la casa de unos vecinos de la pensión donde residía el poeta.

Entre las numerosas viviendas que el poeta ocupó en estos más de treinta años de vida madrileña están las de la calle Mayor, la de Conde de Aranda, de General Oraá, de Príncipe de Vergara, de Gravina, de Villanueva, de Lista o de Velázquez, de la calle Pinar (La Residencia) y de Padilla, donde estaba su impresionante biblioteca, que se perdería, como tantas cosas, en la Guerra Civil, además de la de este Paseo de Recoletos.

Pero si el burrito trotaba por los campos aledaños a la ciudad de Moguer, en Huelva, el verdadero Platero, el personaje literario inició su andadura aquí, en Madrid, en la editorial que tenía su sede en este Paseo de Recoletos, 25.

Por eso, desde el Ayuntamiento de Madrid hemos querido rendir homenaje al poeta y a su obra, a Juan Ramón y a Platero, en este lugar donde nació hace cien años el burro más popular, junto con el rucio de Sancho Panza, de toda la literatura española.

Muchas gracias